

Vuelta a Sapir (*Language*, Cap. 7)

Adolfo Elizaincín
Universidad de la República - Montevideo

El título de mi contribución al merecido homenaje a José Luis Rivarola sugiere la necesidad de relectura de un autor clásico (una "revisita"); sugiere también que el autor en cuestión fue dejado de lado durante algún tiempo, hecho que, ahora, motiva esa relectura.

El juicio anterior es, en gran parte, cierto. Creo que en los últimos veinte años, por lo menos, muchos lingüistas y filólogos han dejado de lado a este maestro. No todos, por cierto. Entre los que no lo han olvidado me cuento a mí mismo.

Si se me permite un testimonio personal de mis años de estudiante de Letras en Montevideo (seguramente contemporáneos de los de José Luis en Lima) debo recordar que mi profesor José Pedro Rona indicaba como textos básicos, iniciales e imprescindibles, el *Curso de lingüística general* de Saussure, claro, y *El lenguaje* de Sapir. A partir de ahí comenzó todo.

Hoy, Sapir no falta jamás en las referencias y bibliografías de mis clases. Mis estudiantes a veces desconfían, al comienzo del curso escolar, de la necesidad y mejor aun, conveniencia, de leer un autor que escribió el texto recomendado (en 1921! Pero, por suerte, al finalizar el año, la gran mayoría queda satisfecha y muy inclinada a dar razón al profesor sobre las bondades del texto estudiado.

Las reflexiones que hoy quiero hilvanar se basan, en rigor, en mi experiencia de enseñanza en Montevideo y en otros lugares, preferiblemente sobre temas de diacronía del español y del portugués

(básicamente, en sus variedades americanas). Siempre que enseñe o investigo sobre estos temas prefiero empezar a ver el o los fenómenos que estoy considerando desde una perspectiva amplia, abarcadora, lo menos parcializada posible. Y como, en general, no hay descripción ni explicación sincrónica que no apele explícita o implícitamente a la historia del objeto estudiado (ya que, de lo contrario, éste queda irremediabilmente mutilado), y como la lengua es una unidad que funciona sincrónicamente y se hace diacrónicamente (Coseriu dixit), siempre termino en el capítulo 7 del maravilloso manual de Sapir.

No es del caso aquí hablar de Sapir en general y de este libro en particular: sólo quiero referirme a ese capítulo que, a mi entender, digámoslo de una vez, resume lo conocido, plantea una técnica de análisis novedosa y coherente, y abre inusitados caminos para la lingüística posterior, la del análisis del discurso, de la psicolingüística, la pragmática, la sociolingüística y la criollística.

Por cierto estas disciplinas no existían con estos nombres hacia fines de la segunda década del siglo pasado (que es cuando Sapir seguramente pensó y escribió su libro); pero todas ellas, en mayor o menor medida, están presentes en los análisis sapirianos. Y hoy, al acercarnos al texto, muchas de las cosas que allí se dicen nos parecen familiares: pero es que, de alguna manera, han sido retomadas mucho tiempo después de Sapir, en la mayor parte de los casos en el marco de disciplinas específicas cuya instalación académica fue posterior a la época de nuestro autor. Pero repito, la mayoría de ellas configuradas ya en este texto.

Antes había dicho, casi al pasar, que la consideración sincrónica de los fenómenos del lenguaje es prácticamente imposible si, en forma simultánea, no se consideran sus aspectos históricos; quiero decir, la visión solo sincrónica de la lingüística parcializa y limita severamente la comprensión cabal y global del lenguaje. Necesariamente debe complementarse esa visión con el enfoque diacrónico, pues, si seguimos aceptando como válidos los postulados coserianos, la lengua no es ni sincrónica ni diacrónica: los enfoques para su estudio, por el contrario, sí pueden serlo (de hecho, lo son).

En consecuencia, si cada fenómeno lingüístico tiene su historia, su evolución, ello significa que mal podremos comprenderlo desde la

pura sincronía; se hace necesaria la complementación de los enfoques para dar sentido cabal a nuestras pesquisas.

En Sapir aparece esa visión globalizante y abarcadora de los fenómenos del cambio lingüístico. Su visión parte de lo individual y va hacia lo general. Nuestro autor cree también que el inicio de los cambios se dan en las modificaciones que cada individuo puede realizar sobre la masa lingüística que recibe como herencia de sus antepasados. El problema reside en saber cuándo esas innovaciones individuales prosperaran, o, mejor dicho, cuáles prosperaran y cuáles no.

De ese momento inicial, el de la innovación individual, no hay ciencia, ya que los hechos individuales, como se sabe, no son (no pueden ser) objeto de tratamiento científico. Así que salvo casos muy excepcionales, en que ese momento haya podido quedar documentado, el inicio posible de un cambio se pierde en las brumas del pasado. Cuando, por ejemplo, lo encontramos documentado en algún texto, seguramente ha pasado muchísimo tiempo entre aquel momento original, mítico casi, y el momento en que alguien lo incorpora en alguna producción escrita.

La situación de la innovación individual se somete en Sapir, en primer lugar, a los requisitos más generales de la norma dialectal, que él ve como una variación horizontal (“una serie de imágenes de una misma pintura intemporal reflejadas en espíritus individuales”; cito por la traducción española de Margit y Antonio Alatorre).

Pero el espacio no es la única dimensión que produce variación en el lenguaje, sino que también el tiempo es una de ellas: “el lenguaje va avanzando a lo largo del tiempo, a través de una **corriente** que él mismo se crea” (172).

He aquí la gran idea. Por cierto que no era nueva la de que el lenguaje cambia de acuerdo al tiempo; lo novedoso es el concepto de “corriente a través del cual el lenguaje avanza, la que, a su vez, es creada por el mismo lenguaje”. Es decir que el lenguaje traza el camino por el que avanzará.

A partir de entonces es bastante más sencillo afrontar el problema de los cambios, originados, como vimos, en aquellas variaciones dialectales, originalmente idiolectales a los que ahora se les asigna el requisito de coincidir con esa corriente de transformación previa y

omnipresente que produce el movimiento general del lenguaje, como el movimiento de los continentes, o el del universo.

Esa **corriente de transformación lingüística** tiene una dirección: “En otras palabras solo intervienen en ella ciertas variaciones individuales, aquellas que se mueven en una dirección particular, así como solo determinados movimientos de las olas en una bahía marcan la marea” (177).

Para nuestro autor, “los cambios que ocurrirán en los siglos venideros están ya prefigurados, en alguna medida, por ciertas oscuras tendencias del presente” cambios que, cuando queden consumados “resultarán ser mera continuación de transformaciones que ya han tenido lugar ahora” (178, mío el subrayado).

Pocas veces he visto tan bien expresado, en un texto que tiene 82 años, la íntima relación entre el presente y el futuro en los tiempos de las evoluciones lingüísticas, en el germen actual del cambio futuro, lo que, a grandes rasgos Labov llamó, cuarenta años más tarde, la variación sincrónica que anuncia el cambio diacrónico.

Como base de la concepción fundamental, llama la atención la referencia a las “oscuras tendencias del presente”. Ellas son las que manifiestan la variación incesante del lenguaje, en un estadio individual. Se trata de esas mínimas modificaciones, mayormente inconscientes, que introducen los hablantes en el uso cotidiano de la lengua, momento para el cual no existe ciencia posible, como recordé más arriba.

Esas tendencias se intuyen, se escuchan, por parte del lingüista profesional o de la persona sensible a estas cuestiones. Cuando el nivel individual es superado, y ya esa modificación empieza a usarse por un grupo o conjunto de personas, ya hay una ciencia que pueda detectarla: la dialectología, o la moderna sociolingüística, han afinado sus instrumentos para captar estas situaciones.

La evolución puede detenerse ahí, y aun desaparecer: desaparecerá junto con la situación social o cultural que dio origen a su incipiente desarrollo. Pero puede continuar, si es adoptada por grupos más extensos, por otros niveles sociales, y si estructuralmente concuerda con esa corriente general que antes comentaba.

En este capítulo, Sapir ofrece uno de los ejemplos más luminosos de todo su libro: el caso de la sustitución paulatina del pronombre **whom** por **who** en estructuras interrogativas del tipo **Whom did**

you see? cada vez más limitado frente al uso de **Who did you see?**: “*Whom did you see? es correcto, pero hay algo de falso en esa corrección*” (180). Para explicar este hecho, Sapir da cuatro razones, que paso a sintetizar:

1) Las únicas formas que morfológicamente muestran el caso del objeto, en los pronombres, son: **me, him, her, us, them** y **whom**. Todas tiene correspondencia con las formas adoptadas por estos pronombres para la función sujeto: **I, he, she, we, they** y **who**. Pero la pareja **who:whom** (considerados pronombres) no lo son del mismo tipo que las formas anteriores, inequívocamente pronombres personales. Así que, por este hecho, la pareja está un poco aislada, por decirlo de alguna manera, dentro de esa serie. Por otra parte, el resto de los pronombres con los que se agrupa funcionalmente, **which, what, that**, no ofrecen diferenciación morfológica funcional, son invariables. Esta es la segunda razón por la que **whom** se encuentra aislado.

“La única manera de poner remedio a semejante irregularidad en la distribución de formas es prescindir totalmente del **whom**, puesto que el inglés ha perdido la facultad de crear nuevas formas objetivas y no podemos remodelar el grupo **which-what-that** para hacerlo paralelo al grupo más reducido **who-whom**. Una vez eliminado el **whom**, **who** se integra a su grupo y nuestro inconsciente deseo de simetría formal queda satisfecho. Si nos irrita secretamente el **whom did you see?**, por algo será” (181 y ss.)

2) Por otra parte, **who:whom**, como pronombres interrogativos, se relacionan “psicológicamente”, no solo con **which** y **what**, interrogativos, sino también con los adverbios interrogativos **where, when** y **how**, que son invariables y enfáticos.

3) Además, el contraste entre los pronombres personales en función objeto y las formas adoptadas para la función sujeto se asocian con una cuestión de orden de las palabras. Los objetos nunca tienen posición preverbal: **He told him**, no ***him told he**. La asimetría surge nuevamente por el hecho de que la forma en cuestión aparece antes del verbo, posición normal de las formas interrogativas: **What are you doing?**, **Where are you from?** Una nueva asimetría, entonces.

Sapir descarta, sin embargo, la tendencia sistemática que, seguramente, muestra el inglés coloquial de mover hacia el final a la

forma: **Did you see whom?** y lo hace porque considera que esa solución “es demasiado contraria a la tendencia idiomática del inglés para que pueda encontrar aceptación” (183).

4) La cuarta y última razón —las tres anteriores han sido designadas como “conflictos”— es de naturaleza fonética: se trata del encuentro entre una vocal larga, una nasal y la dental que le sigue inicial de la palabra siguiente: para Sapir, ésta debería poseer una sílaba “más ligera que le sirviera de contraste. Pero en **whom did** se produce un retardamiento involuntario que hace que la frase suene “torpe” (183).

“Hemos encontrado nada menos que cuatro factores que determinan la sutil antipatía de las personas de habla inglesa por la expresión **Whom did you see?** Los individuos incultos que dicen **Who did you see?** sin sombra de remordimiento tienen un sentido más agudo de la tendencia auténtica del lenguaje que quienes se dedican a estudiarlo” (184).

Estos cuatro factores no actúan separadamente: lo hacen en conjunto, constituyéndose en una diminuta encarnación de **la corriente general del lenguaje** que, psicológicamente, provoca una vacilación en el hablante.

La explicación de los hechos es plausible: ha sido trabajada con una claridad meridiana apelando a hechos funcionales, en primer lugar, y a cuestiones estructurales, en segundo término. Pero, en el fondo, se apela constantemente a la “psicología” del hablante y a un sentimiento estético en el juicio sobre las formas del lenguaje que es patente a lo largo de toda la obra, no solo del capítulo que estoy comentando.

En este sentido, Sapir encarna, a este lado del Atlántico, y quizás sin proponérselo en forma premeditada, las concepciones teóricas propias del idealismo alemán, en la obra de autores tan medulares para la lingüística contemporánea como Karl Vossler, Leo Spitzer, el mismo Charles Bally y hasta Benedetto Croce.

Por cierto no es de desdeñar el origen europeo de nuestro autor que, de esta manera, se configura como un puente entre dos ricas tradiciones filológicas que no siempre han marchado juntas; más bien por el contrario, se han ignorado mutuamente en, a esta altura, ya demasiadas oportunidades.

Una vez concluido el análisis del ejemplo, Sapir entra a lo que él llama “las grandes tendencias que afectan al lenguaje” (186). Ahora ya no se trata del inglés; las consideraciones que siguen tienen vocación universalista y, de alguna manera, prefiguran la moderna tipología de fines del siglo con su atención a ciertos elementos no considerados anteriormente como, por ejemplo, el orden de las palabras dentro del enunciado, en relación con la posición anterior o posterior (con respecto al elemento que modifican o modulan) de los adjetivos y los adverbios.

Sapir distingue tres grandes “tendencias”:

- 1) la que suprime la distinción morfológica entre el caso sujeto y el caso del objeto. Se trata de una manifestación más de la prolongada historia que elimina en las lenguas indoeuropeas la manifestación morfológica de los casos, en la gran mayoría de las formas que sufrían flexión;
- 2) la que da a las palabras, dentro de la frase, una posición fija, determinada por su relación sintáctica. Esto, claro, es una consecuencia directa de la tendencia 1). Lenguas con una morfología “fuerte” pueden permitirse una sintaxis (en el sentido de orden de las palabras) más “liviana”, más “libre”; pero si las distinciones morfológicas de los casos se borran, las funciones sintácticas pasan a expresarse, por ejemplo, a través de la asignación de lugares fijos, dentro de la frase, a las palabras que cumplen las funciones correspondientes. Como Sapir defiende la idea de que las distinciones notorias de casos se van borrando, aun cuando se manifiesten, excepcionalmente, con léxico diferente (“I” y “me”, por ejemplo) prefiere, con un razonamiento caro a los estructuralistas norteamericanos, hablar no de formas de sujeto y de objeto, sino de formas pre- y postverbales, “del mismo modo que **my** y **mine** son ahora formas pronominales y postnominales del posesivo: **my father** pero **father mine** [...] Una vez más, es el modo de hablar del pueblo lo que comprueba que esta interpretación corresponde a la verdadera corriente de transformación de la lengua inglesa [mío el subrayado]. El pueblo dice **It is me** no **It is I** [...] No cabe duda de que **It is I** será algún día tan extravagante en

inglés como *c'est je* (en lugar de *c'est moi*) lo es actualmente en francés" (190 y ss.);

- 3) la que lleva a la invariabilidad de las palabras, tendencia que Sapir considera muy fuerte en inglés porque entiende que existe un "afán de llegar a una correspondencia simple y libre de matices entre la idea y la palabra, la cual ha de ser lo más invariable que sea posible" (193). Ello no significa, explica más abajo, que no se puedan expresar matices sofisticados con una lengua de este tipo; simplemente que esto se manifestará por otros medios a disposición del hablante.

En este magnífico capítulo, Sapir nos ha enseñando varias cosas que, no por casualidad, aparecen muchos años más tarde en las corrientes de la segunda mitad del siglo XX.

En primer lugar, la necesidad de observar el cambio lingüístico más allá del mero cambio; quiero decir trascendiendo el cambio puntual. Por el contrario, todo cambio es un indicio de algo más general que se manifiesta en ese cambio concreto pero también en otros, quizás no bajo la misma forma material, pero sí en relación a las técnicas, estructuras y estrategias lingüísticas que se involucran en el proceso.

En segundo lugar, la idea de que todo cambio futuro está prefigurado en el presente; que cuando por fin el cambio se haga objetivo para los usuarios de la comunidad en que sucede, en rigor, ya habrá tenido una larga historia que comienza en forma imperceptible en el *hic et nunc* cotidiano de todos los hablantes.

En tercer lugar, la idea de que los cambios no avanzan siempre y únicamente en una dirección determinada sino que muchas veces puede haber movimientos regresivos. Se trata de un movimiento pendular en que a un avance sostenido por un lapso prolongado puede sucederle un retroceso y, en algunos casos, un detenimiento. Probablemente el mismo movimiento original se restaure en un período determinado, o no.

Pero lo importante es no visualizar al cambio como una fuerza única y constante que siempre avanza con la misma velocidad en la misma dirección. Esta concepción, que era la que, de algún modo, sostenía el andamio teórico del árbol genealógico de las lenguas indoeuropeas, ha probado hace tiempo que no es así. La misma

existencia de las lenguas criollas, en sus diversos estadios de desarrollo, las mezclas lingüísticas, los estados de bilingüismo y diglosia, etc., dan acabada cuenta de que la evolución lingüística general de las lenguas no es en absoluto un movimiento único y sin retrocesos, descansos y desvíos. La criollística actual se ha encargado de aclarar este asunto con creces.

En cuarto lugar, me parece interesante las frecuentes referencias de Sapir a aspectos psicológicos y estéticos para explicar algunas motivaciones individuales, a la larga sociales. Aunque no haya en nuestro autor una referencia explícita a alguna corriente psicológica o estética, lo cierto es que, como actitud científica, que busca la explicación de un fenómeno complejo más allá de los marcos estrictos de una disciplina, no puede sino merecer elogio.

Hoy, la lingüística histórica (i.e., la disciplina que se ocupa de la teoría del cambio lingüístico) echa mano en forma frecuente a varias disciplinas cercanas para explicar los aspectos universales del cambio. Así por ejemplo, es común encontrar análisis que toman datos de la psicolingüística evolutiva y de la criollística en un intento de presentar la problemática en cuestión en un marco más amplio y apropiado, como es la conducta lingüística general del hombre **qua** usuario del lenguaje.

Si tomamos como ejemplo las cuestiones relacionadas con el aspecto y el tiempo en los sistemas verbales de las lenguas indoeuropeas, veremos que, de la misma manera como el niño maneja en primera instancia con mayor fluidez cuestiones del aspecto, para luego, más tarde, pasar a dominar cuestiones del tiempo verbal, y en las lenguas criollas hay una notoria primacía de lo aspectual sobre lo temporal, también la lengua latina hizo prevalecer en su estructura verbal la cuestión aspectual sobre la temporal. La división de este sistema en dos grandes aspectos, el **inflectum** y el **perfectum**, a partir de los cuales se distinguen los tiempos, no es una cuestión inventada por las gramáticas escolares de esa lengua. Es un principio cognitivo general que tiene su repercusión, como no podía ser de otra manera, en los sistemas lingüísticos.

Y hoy es posible aun requerir de la lingüística del discurso una ayuda suplementaria. Es conocido el hecho de que, efectivamente, y desde un punto de vista cognitivo, el aspecto es más sencillo que el tiempo ya que se trata de un fenómeno puramente gramatical, es

decir, ubicado en los límites de la gramática; el tiempo, por el contrario, es un fenómeno que sólo se puede entender apelando al discurso, ya que supone la correlación de dos tiempos, aquel de la persona que habla (el que dice **yo**, **aquí** y **ahora**, como enseñó Benveniste), y el tiempo de la sustancia narrada o relatada. Y eso es más complejo para quien adquiere la lengua. De alguna manera los sistemas lingüísticos, a lo largo de su historia, habrían pasado por estadios similares.

No quiero decir con ello que Sapir haya pensado de esta manera, no. Él nos enseña, como dije antes, a ver el fenómeno que intentamos conocer a la luz de perspectivas más amplias, lo que muchas veces supone trascender los límites de una disciplina en forma estricta.

Los tramos finales del siglo anterior, y seguramente el inicio del presente, están ya asistiendo a una necesaria síntesis de los conocimientos que se produjeron en la primera mitad del XX, con vistas a la concreción de una suerte de **summa** de lo descubierto. Es esto, por otra parte, un requisito esencial para superar la etapa del fragmentarismo y hasta feudalismo de la ciencia que se produjo bajo el influjo y la guía de las corrientes positivistas de fines del XIX.

En esta tarea se encuentra trabajando mucha gente, no solo en las ciencias sociales y humanas (la lingüística es una de ellas), sino en las físico-matemáticas y en las biológicas. Frente a los desafíos que los avances actuales en la investigación del espacio extraterrestre se suceden día a día, es sobre todo una obligación de los científicos de este planeta proponer una visión globalizante y unificada del hombre y su mundo.

A esta tarea, aunque quizás Sapir nunca lo haya pensado así, nuestro autor contribuyó en forma muy decisiva al adentrarse, sin prejuicios ni preconceptos, en forma libre y razonada, pero con rigor y raciocinio, en los vericuetos tan complejos del lenguaje humano.

BIBLIOGRAFÍA

Sapir, Eduard

1921

El lenguaje. Introducción al estudio del habla. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. (= Breviarios No. 96. Traducción de Margit y Antonio Alatorre. Primera edición en español, 1954)